

PRIMERA PARTE

*Discapacidad:
narratividad, crítica y
estructuras del sentir*

DIVERGENCIAS Y (DES)ENCUENTROS PEDAGÓGICOS: UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO ¹

Andrea Gómez ²

18/9/2017. “¿Para qué enseñar?”

Estoy en una mesa sobre experiencias de profesoras universitarias y perspectiva de género. Las expositoras hablan sobre sus itinerarios académicos, enfatizando la misoginia encontrada al postular a mejores sueldos, rechazos de ascensos en sus universidades, y la mayor precarización salarial hallada por ser madres. Una de ellas se detuvo en insistir que el tiempo de cuidado a les demás, sean alumnado, personal administrativo, familiares y más, sigue siendo alto. Durante la ronda de preguntas, levanté la mano. “¿Entonces para qué enseñar?”. Una ponente sonrió y me dijo, “por la vocación de servicio”, y sus colegas frente a mí rieron plácidamente. Me sentí tan indignada que luego de esa respuesta me fui.

Desde antes de egresar como antropóloga en Lima, escuchaba en los pasillos rumores sobre cupos abiertos para ser jefe de práctica, o asistente de profesor en la especialidad. Constantemente me hacía la tonta cuando me sugerían postular: mi respuesta estándar era “al chico del Burger King le pagan más la hora”. Y siendo honesta, no quería tener trabajos que me pagaran tan bajo. Aunque no estaba en una mala situación económica, si quería sostener un nivel de vida cómodo debía priorizar trabajos con mayor salario. De tal modo, por cuatro años me desempeñé principalmente como consultora de investigación en los temas que salieran: género, salud, educación, marketing... Solamente empecé mi experiencia pedagógica por casualidad, primero en un proyecto que incluía dictar talleres sobre violencia contra las mujeres, y segundo cuando

¹ Este escrito proviene de reflexiones a partir de la trayectoria profesional de la autora, escritora de no-ficción y de auto/autietnografía, además de formadora de estos métodos de investigación y de autobiografía en Tercera Investigación <https://www.instagram.com/tercera.investigacion/>. Última publicación relacionada: “Cortes sobre cortes: Un análisis autoetnográfico de las esterilizaciones forzadas en Perú”. En: Medina Arellano, Vargas Romero, González Cortez, González Saavedra y Fuentes Manzo (Coords.) (2023) Justicia sexual y reproductiva: Diálogos plurales desde el feminismo. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, p. 9–25. <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/15/7204/5.pdf>

² Antropóloga peruana y autista, Licenciada y Magíster por la Pontificia Universidad Católica del Perú y doctora por la Universidad Autónoma Metropolitana – sede Iztapalapa. Correo: andrea-rolina221@xanum.uam.mx

una empresa de investigación de mercado me contrató para diseñar y dictar un workshop sobre *coolhunting* y *trendhunting*.³

En México, donde por la normativa de la beca doctoral no podía trabajar hasta terminar el posgrado, me encontré con un huecazo en el currículum de 4 años luego de sustentar la tesis. Encima, ello ocurrió a fines de 2020, en plena contingencia sanitaria. Los prospectos laborales eran reducidos y se orientaban sobre todo a lo virtual, y mis contactos profesionales solamente me recomendaban chambas de enseñanza. Resulta que a diferencia de Lima donde saltaba de área en área, en la Ciudad de México hay más competencia y debes demostrar ser más especializada. A la fuerza, empecé a postular a ofertas de dictado de talleres y cursos online. Desde 2021, di un seminario sobre inclusión y discapacidad, otro sobre belleza y cuerpo, de ahí vino uno más sobre autismo... hasta el momento que escribo este texto, dicté 2 seminarios, 3 cursos, 4 talleres, 1 certificación y más clases singulares de las que llevo cuenta, además de coordinar un diplomado. En este transcurso, gané herramientas para al menos aproximarme al diseño y aplicación de estos contenidos pedagógicamente, aunque aún caigo sin quererlo en la verborrea pura y dura. También aprendí mis límites y mis fortalezas. Sobre todo, entendí cuán importante es recalcar que no soy la amiga de les participantes, no soy la profe chévere que se ríe de sus ocurrencias, sino soy la que hará respetar reglas y exigir compromisos, les parezca yo buena o mala gente.

Mi enojo ante la respuesta de la panelista proviene de la contradicción de su discurso. Si somos feministas y pretendemos contrariar el sistema cis-hetero-patriarcal,⁴ ¿no deberíamos disputar también la idea de “servir” y que ésta sea una “vocación”, algo innato, algo deseado? Dicha expresión está dentro de la feminidad hegemónica y en el polo opuesto de cómo algunas mujeres somos: estrictas, frías, distantes, rectas y más calificativos que supuestamente

³ *Coolhunting* es una técnica de investigación de mercado para identificar innovaciones, modas y manifestaciones de tendencias actuales, principalmente mediante la observación. *Trendhunting* es la técnica para identificar tendencias nuevas y latentes, usando la observación y la sistematización.

⁴ *Sistema impuesto colonial y violentamente que regula el género y la sexualidad de modo binario y jerárquico, colocando en posiciones inferiores de poder a la feminidad y a la no-heterosexualidad, y estipulando que lo cisgénero es la única realidad de identidades de género, en correlación con el sexo asignado exteriormente. De tal manera, “la coherencia o unidad interna de cualquier género, ya sea hombre o mujer, necesita una heterosexualidad estable y de oposición” (Butler, 2007 [1990]: 80).*

son bochornosos. Personalmente, los entiendo como expresión de tareas bien cumplidas.

26/4/2021. “Envidia tu autismo”.

Es la última sesión de un mini-curso virtual sobre discapacidad. También es mi primera vez formalmente enseñando un curso. Para mi tranquilidad, esta propuesta la compartimos entre cuatro colegas que saben de mi prácticamente nula experiencia como maestra, y además de mi autismo.

Sin entrar en los pormenores de su significado, el autismo está profundamente involucrado con la sociabilidad, la comunicación (verbal o no), y la sensorialidad; los tres son factores en juego en las dinámicas pedagógicas. Todavía en Lima, la crítica más recurrente de mis profesores desde primaria era que hablaba “en enredado”, con un ritmo y brincos temáticos que sólo acompañaba yo misma. Mi profesora de francés decía, “*Andréa je t’ai demandé une phrase, pas un paragraphe*”: ⁵ mis oraciones eran muy largas, la ilación de mis ensayos se perdía en “anécdotas” y en puntos que a mí me parecían claves – bueno, únicamente a mí. Mi asesora de tesis de Licenciatura me impulsó a aplicar a convocatorias de congresos académicos antes que a otros alumnos por dicha razón; según ella, en la interacción y la retroalimentación de colegas iría afinando cómo debía escribir y hablar “*en lenguaje erudito*”.

Si bien seguí ese y otros consejos más, no quise borrar por completo cómo me expreso espontáneamente. Tras una docena de años presentándome a eventos de mi disciplina y de otras más, en diversos países y a veces hasta en otros idiomas, las constantes en mi expresión que logro atenuar para hacer accesible los argumentos que traigo siguen ahí. En ocasiones se me escapan – en especial cuando son asuntos novedosos para mí – y entro en diatribas de temas superpuestos y con mil detalles que, al mirar a mi público, determino “*ah ésta tengo que re-explicarla*”. Así como otras personas autistas, considero que un idioma más que hablo es el neurotípico. Pero no es nada más eso. Es neurotípico y de clase media / alta. Mi infancia pasó entre los muros hinchados de salitre de un callejón, el polvo que hacía toser de la arena de un pueblo joven, y los asientos de madera fina de un colegio para gente de plata, mucha plata. Dicha disyuntiva está en mi habla: como me decía una compañera de universidad, “*dices cosas muy seriecita y de repente se te sale la chaira (navaja)*”. Nunca estuve cómoda

⁵ Traducción al español: “*Andrea te pedí una oración, no un párrafo*”.

con eliminar mis sobresaltos de volumen al defender un asunto, ni en dejar de abrir “tanto” la boca al hablar, ni en poner sinónimos de palabras “pomposas”, ni en quitar mi “oseaaaa” ni menos en disminuir mi gesticulación facial, que tanto me pedían abandonar dentro y fuera de casa por no ser “de señoritas”.

Todo esto pensaba en esta última sesión, de un cursito que fue un dolor de cabeza por la cantidad de estudiantes (más de 70), el gran ausentismo e incumplimiento de plazos de entrega, y por la actitud ofendida de más de una alumne cuando les negaba subirle la nota porque *“es que no entendí, pero ya respondí, ¿no me lo puede contar?”*. No. No. No. No. No. No. Habré tipeado decenas de nos. Para el final, estaba contenta de cerrar la formación, y al mismo tiempo dubitativa acerca de si debía seguir enseñando. Mis compañeras insistieron que no era culpa mía, que simplemente fue un trabajo complicado. Les alumnes dieron sus últimos comentarios, y uno abre el micrófono de Zoom. *“Andrea, envidia tu autismo”*. Mi cara frente a la webcam lo comunicó todo. Él prosiguió afirmando que mi ojo crítico y mi minuciosidad eran notables. Más lo miraba a través de mi laptop, más lo oía por los parlantes, y más me decepcionaba. Las lecciones le entraron por una oreja y le salieron por la otra; les autistas no somos geniecites ni infantes indefenses, llamarnos así nos quita humanidad. Hasta ahora estoy convencida que ese comentario fue intencional: no bajé la mirada el resto de la videollamada, reticente a guardar “buenas apariencias”. Ese alumno debía saber que no iba a sonreír por obligación. Al cerrar, pensé *“quizá sea necesario quedarme haciendo esto más seguido”*.

23/10/2023. “¿No vas a dictar en aulas?”

Ese lunes 23 me senté frente a la computadora y leí mi nombre entre las seleccionadas para becas posdoctorales. Sonreí, mandé mensajes por WhatsApp, llamé a mis amigas y pedí *delivery*. Unos días después, cenaba con una de ellas. Le conté entusiasmada sobre lo que envolvía la estancia, la investigación, dónde viviría, dónde haría el trabajo de campo... y ahí ella interrogó. *“Pero, ¿durante la estancia no te pedirán dictar clases? Es un producto común y son pocas personas en ese centro de estudios... ¿Estás segura que no vas a dictar en aulas?”*. Un hueco en el estómago se formó y dentro cayeron las enfrioladas con la ansiedad de dicho prospecto.

Luego de la experiencia anteriormente relatada, continuaron ocurriendo interacciones difíciles donde mi neurodivergencia era más resaltada

que otros aspectos de mi identidad, de modo positivo o negativo. Tuve alumnos que no respetaron nunca las reglas de juego que colocaba al inicio de nuestros encuentros, como no interrumpir: les llamaba la atención y les silenciaba en la videollamada. En otra ocasión, coloqué un ejercicio en un webinar que no calculé iría a despertar testimonios de diversos tipos de violencias. Mi dificultad de manejo de dinámicas con alta afectividad impidió darles el apoyo que precisaban las participantes y me disculpé profusamente, jurándome que ese ejercicio no lo volvería a programar jamás. En lo virtual he sido protagonista de un olvido conveniente de mi autismo, bajo la excusa de ser “letrada” o “profesional”.

Aun así, empecé a disfrutar las relaciones con los participantes y con otros profesores, la creación de sílabos y de clases que salían de documentos de Google en blanco, y en especial de testimoniar el impacto de las lecciones brindadas entre los estudiantes. Encontré satisfacción en su cambio progresivo, en las repercusiones en sus estudios, en sus trabajos y en sus fueros personales. Adquirí una apreciación del brindar conocimiento, y aprendí mucho con ellos. Ahora bien, todo se dio en plataformas virtuales. En una videollamada soy capaz de reducir el volumen si la voz de alguien me aturde, apagar la cámara cuando me sobesaturó por la luz artificial, o de grabar clases en audio sin tener que dar la cara. Hay tanto bajo mi control en espacios en línea, tanto que en el mundo físico me atonta, me enajena, me hace desmayar y sentir vértigo.

En tanto que profesora y tallerista, el autismo opera en la restricción de oportunidades laborales como clases presenciales, las cuales llevo tres años rechazando. Profesoras del doctorado me enviaban archivos pdf de convocatorias para plazas de enseñanza en Licenciatura, aunque les dijera que me ofuscaba lo social y lo sensorial, y ellas estuvieran conscientes que los cursos disponibles eran para salones de 50 alumnos para arriba. Hace poco acepté una clase presencial, porque eran solamente dos horas y ya, además de una buena paga. Terminé pasándola mal, desconcentrándome a cada murmullo de los presentes, y desubicándome al salir del edificio donde dicté. El trayecto a casa tomó casi cuatro horas, en parte porque mi sentido del equilibrio y de la ubicación se apagó por completo, y para sentirme segura me senté en la banca de un paradero por 40 minutos.

En efecto, el autismo entra como factor que intrínsecamente me saca de la tipicidad de género, de alguna idea sublimada de profesora como una suerte de segunda

mamá, benefactora, cálida. A su vez, me mete en una racionalidad alabada y deseada, y que conlleva el borramiento de quién soy hasta que es “demasiado tarde”. Reconozco que la alabanza de la intelectualidad tiene ventajas, porque me da chamba, dinero y contribuyó a ganarme un posdoctorado; no obstante, provoca actitudes en contra por expectativas emocionales no cumplidas, e incompetencias burocráticas e interpersonales por no asegurar adaptaciones que preciso al estar al mando de un aula o de una sesión de Meet.

A la hora de tipear estas líneas, tengo unos talleres virtuales y un curso presencial por venir. No sé si llegaré a dictar presencialmente en mi futuro próximo, pero sí sé que quiero demostrar algo clave. En tanto que educadora, me posiciono como alguien que transmite saberes científicos y vividos, que fue y es afectada por las posiciones de poder y de vejación que ocupo ahora en mi vida diaria. Quiero expresar que soy una profesora autista, y que no soy eso nada más. Soy mujer, soy peruana, soy callejonesa, soy académica. Mientras siga en este rol, insistiré que la pedagogía es todo menos neutral, y que no deberían serlo ni sus lecciones ni quienes las aleccionan.

Referencias Bibliográficas

Butler, Judith (2007 [1990]). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Traducción de M^a Antonia Muñoz. Barcelona: Paidós.